

apostaban por la tierra y los inquietos por el mar. Las ideas en el campo se arraigan y duran como los árboles; en el mar se mueven y cambian como las olas. Hubo, pues, un partido feudal de terratenientes contrario al partido innovador de navegantes. A la cabeza del primero se habían encontrado el rey D. Duarte y el infante don Pedro; á la cabeza del segundo los dos gloriosísimos infantes D. Enrique y D. Fernando. El gran historiador Martins los compara con Catón el Viejo y Escipión el Africano en Roma. Efectivamente, Catón quería concentrar á Roma en su Lacio, y Escipión esparcirla por el mundo; Catón verla dentro de su Pomerio, sobre los bueyes de Cincinato, y Escipión verla sobre los mares en requerimiento de lejanas conquistas; Catón conservarla en su austeridad y vestirla del vellón de sus ganados, y Escipión extenderla por las factorías y cubrirla de púrpura tiria y piedras preciosas deslumbrantes; Catón sujetarla en el cable de sus cáñamos al puerto de una república patricia, y Escipión soltarla henchida por todos los vientos del cielo al oleaje de las aventuras cosmopolitas. D. Duarte y D. Pedro fortalecían á Portugal en bases rurales y D. Enrique y D. Fernando disipábanlo en la inmensidad del Océano. Bajo la idea de aquéllos, Portugal brillara menos, pero viviera más tiempo; bajo la idea de los dos infantes, exploradores y héroes, Portugal se ha desvanecido en su obra. El Rey, con quien Colón se las hubo, nieto de D. Duarte, hijo de D. Alfonso V, pupilo ingrato de D. Pedro, estaba por las navegaciones, por los descubrimientos, por las empresas marítimas, por

la epopeya de los viajes, como que reinaba sobre Vasco de Gama y sobre Fernando de Magallanes. Por eso nos maravilla más que no aceptara el plan de Colón y no remitiese á hombre tan grande la realización del altísimo pensamiento. Había heredado á D. Alfonso V, hijo del rey D. Duarte. Acostumbrado Alfonso á perpetua minoridad, en su infancia vivió bajo la tutela de su madre D.^a Leonor; en la mocedad bajo la tutela de su tío don Pedro, á quien mató; en la madurez bajo el partido mejor ó peor que le oprimía y lo explotaba. Exprimiendo la sangre y el sudor de los pueblos para enriquecer la nobleza, muy su amiga, por suelta y devastadora bajo su nominal soberanía, ufanóse con el renombre de Africano á expensas del reino y del vasallo destruídos, víctimas de la mayor miseria por las africanas empresas de su desatentado Rey, corpulento, craso, fuerte, valeroso, peleador y guerrero, mas vengativo y obtuso. Vencido en la batalla de Toro y refugiado tras su derrota en tierra de Francia, le sucedió su hijo D. Juan II, á quien Colón debía presentar sus planes y sus proyectos. Tengo por imposible ninguna explicación probable de cuanto entre Juan II y Cristóbal Colón ocurriera, sin fijar dos cosas con suma claridad: primera, la política del Rey; segunda, las pretensiones del piloto. Inexplicable la política del Rey sin explicar antes el estado general entonces de nuestra vieja Europa; inexplicable á su vez el estado general de nuestra vieja Europa, sin explicar antes aquella evolución dialéctica de la política continental en sus capitales movimientos generadores de sus diversas fases. Por la

serie de acciones y de reacciones que constituyen la vida humana, cayó la Europa moderna en el fraccionamiento y en la separación de sus regiones con contraste opuesto á la unidad excesiva del Imperio romano, irrupto por la gente boreal y bajo los pies de la gente boreal roto hasta en sus bases y dividido en cien fragmentos. Aunque muchos declaran inútil fatalidad la irrupción de los bárbaros, quizás no hubiera brotado la idea del individuo moderno sin aquella infusión de sangre germánica, que traía en sus moléculas el sentimiento de nuestra personalidad, ni se hubieran formado las naciones europeas, la nación, esa entidad de las entidades, sin aquellas terribles fragmentaciones que nos hicieron caer en espantoso caos, cual nunca, ni antes, ni después, lo han visto las edades históricas.

Desde aquella irrupción en el siglo quinto hasta la Europa del siglo décimo, el estado general europeo se caracteriza por una sola palabra, por el feudalismo eclesiástico. Y como este feudalismo duró desde el siglo quinto al siglo décimo, desde el siglo décimo al siglo décimoquinto duró el militar y guerrero siempre. Reina, pues, en sus dos fases, la teocrática y la patricia, mil años sobre nuestra Europa, destruída en cien fragmentos. Y dos principios lo contrastarán y lo combatirán, dos principios de unidad: el Pontificado y el Imperio. Bajo este último, bajo su ideal romano, irán poco á poco formándose las monarquías, destinadas á combatir el feudalismo en todas sus manifestaciones y á fundar la unidad interna del Estado. En la primera serie de los monarcas, desde

fines del siglo quinto hasta fines del siglo undécimo, todos serán teócratas contra el feudalismo civil y todos pondrán sus nacientes coronas bajo las dos alas del Pontificado. En la segunda serie de los monarcas, desde fines del siglo undécimo hasta fines del siglo décimotercio, todos serán cruzados ó santos: Ricardo Corazón de León, Federico Barbarroja, San Luis, San Fernando, y muchos otros. En la tercera serie, desde fines del siglo décimotercio hasta mediados del siglo décimoquinto, serán todos crueles en su combate por arrancarle una parte de sus privilegios políticos al clero católico y una parte de sus privilegios nobiliarios al patriciado feudal. Pedro el Cruel en Castilla, Pedro el Cruel en Portugal, Pedro el del Puñal en Aragón, y sus demás contemporáneos, no me dejarán mentir. Desde mediados del siglo décimoquinto hasta mediados del siglo décimosexto los reyes cambian. A la verdad, no pierden el carácter de crueles revestido por sus progenitores, pues no podían perderlo en aquella horrible guerra con el feudalismo expirante; mas se tornan pérfidos y traidores, teniendo, á pesar de su fuerza, incalculable ya entonces, las calidades y condiciones de los débiles: destreza y astucia. Un maquiavelismo inconsciente se anticipa casi por adivinación al Príncipe de Maquiavelo, y un maquiavelismo razonado y consciente al hombre y al escritor destinados á la formulación de los principios, bajo cuyo triste imperio debía la razón de Estado desarrollarse. Fernando V, Luis XI, Enrique VII parecen un solo monarca por sus grandezas y por sus dobleces.

Á esta clase de reyes pertenecerá, por razón de su tiempo y de su carácter, D. Juan II de Portugal. La perfidia, la doblez, la mentira, juntas con la crueldad natural, debían constituir las calidades múltiples de estos reyes maquiavélicos. La política se había sobrepuesto en ellos á la conciencia, como suele acontecer en los tiempos agitados con los revolucionarios, según lo prueban Cromwell, Robespierre, Dantón, todos grandes y todos grandemente homicidas. La inmaculada pureza moral de Wáshington luce á larguísimos intervalos en la trágica historia humana. Los reyes tuvieron que hacer una revolución contra el feudalismo, como los cabezas redondas de Inglaterra y los improvisados convencionales de Francia tuvieron que hacer una revolución contra los reyes. Así no se pararon en barras ni unos ni otros. El frío rigor, con que Naturaleza cumple sus fines, entraba en aquellos espíritus abstractos y secos á manera de fórmulas algebraicas. «Dice Luis XII, de Francia, exclamaba Fernando V de Aragón, que lo engañé dos veces: miente como un bellaco; lo engañé más de cinco.» Esgrimiera este Rey nuestro tal número de perfidias en la salvadora y definitiva reincorporación de la Navarra y de los navarros occidentales á España, que los reyes despojados aguardaban la restitución tras los Sacramentos, como en penitencia y al fin de conseguir el eterno rescate, á la hora en que murió el despojador. Y como le hablaran adrede gentes apostadas en la cámara mortuoria para este fin religioso, el Rey, político implacable y consumado, volvió la cabeza y no dijo una sola palabra. De iguales

procedimientos, crueles y hábiles al mismo tiempo, se valieron León XI y Enrique VIII para desarzonar aquél á los últimos caballeros feudales, y disolver éste los partidos, ya católicos, ya cortesanos, que se iban reuniendo en torno de sus numerosas mujeres, implacablemente sacrificadas á sus caprichos y á sus razones de política y de Estado. Ya lo hemos dicho: así era también D. Juan II, en virtud de las leyes generales que producían monarcas idénticos, del mismo carácter y del mismo ideal, en apartados y aun contradictorios reinos. El cronista Bernáldez, en las primeras páginas de su *Historia de los Reyes Católicos*, describe á Juan II con toda verdad, y lo presenta, como nosotros lo creemos y lo presentamos, diestro y cruel al mismo tiempo. En efecto, únicamente para examinar las jurisdicciones aristocráticas donadas por la Corona, y limpiarlas de tanta herrumbre como les había una usurpación sistemática sobrepuesto, necesitábase fuerzas de combate parecidas á las fuerzas del mecanismo celeste.

Restringir la intervención aristocrática en el juicio de los tribunales y en el nombramiento de los regidores, alzándose con ambas facultades arrancadas por el feudalismo á la monarquía, resultaba en el fondo un radicalísimo cambio social; y estos cambios no se verifican jamás en la vida sin profundas revoluciones; y estas revoluciones no pueden cumplirse y realizarse nunca sino por el hierro y el fuego. Sin embargo, Juan II creía el crimen sólo practicable hasta un límite muy preciso, hasta el exacto y concreto de su patentísima utilidad. En esto

se distinguía la perversidad de los reyes del siglo decimoquinto de aquella perversidad de los Nerones y de los Tiberios, quienes cometían crímenes baldíos á roso y velloso, por el placer y la satisfacción de cometerlos. Sobrio en comer y beber, corto en dormir y regalarse, enemigo de las ostentaciones artísticas y del pagano lujo en que Reyes y Papas del Renacimiento cayeran, como los Borgias y los Estes y los Médicis y los Urbinos de Italia, mataba de modo muy reflexivo y á golpe muy seguro. Así acabó con López Vaz, muerto por impulso y ordenamientos suyos, á manos de varios caballeros, los cuales recibieron en premio de tal crimen, á traición perpetrado, valiosísimas y copiosas mercedes; así degolló al Duque de Braganza en Évora, tras un simulado proceso urdido con el fin de arrancarle á mansalva la tercera parte de Portugal, amortizada en aquellas manos extendidas sobre las coronas de los Reyes; así mató al Duque de Viseo, haciéndolo comparecer desarmado á su presencia y apuñalándolo por la espalda con su propio regio puño y su propio regio puñal; así en Palmela precipitó al Obispo de Évora en una cisterna para que se ahogase; así envió esbirros tras los patricios huídos á Francia, y allí murieron asesinados á su orden y á su mandato, implacables cuando á la razón de Estado convenía, semejándose así el Rey á la misma despiadada muerte, ciega para no ver, y para no escuchar sorda, en sus crueldades, á quien se traga y devora. Este pensamiento de la unidad interior del Estado, á que prestaba culto, como buen Monarca de una centuria esencialmente monárquica, debía impelerle

hacia las navegaciones y los descubrimientos, generadores con su actividad continua de una clase tan opuesta en sus caracteres á los nobles feudales provinientes del terruño, destruído por la increíble aparición de los nuevos territorios y por la milagrosa llegada de los nuevos frutos, á cuyas competencias no podía conservarse, no, el valor de los inmensos estipendios señoriales sobre los que levantaba sus almenas la vivienda murada del noble y sus cordeles la siniestra horca del pechero. Por consiguiente, los caracteres políticos y los caracteres personales del Monarca portugués convidaban al intento de Colón, y le debían sugerir á éste la confianza más completa en el seguro favorable resultado. Enamoradísimo D. Juan de un formidable Imperio rematado en una sola cabeza, en la cabeza de un Estado vigoroso, cumpliera su obra cual ningún otro monarca de la historia, si aceptado el pensamiento de Colón ¡ah! no se hubiera visto, como se vió más tarde, obligado á la fuerza, constreñido por el hecho irrevocable, contra su voluntad y su grado, á repartir el mar y los dominios en el mar invenidos, entre castellanos y portugueses. Mas desde los comienzos de la empresa y desde su primer atención á sus proposiciones, patentizóse con evidencia que deseaba D. Juan II realizar la obra colombina sin Colón. ¿Por qué tal insensato empeño en Rey de tanta inteligencia y estudio? Averígüelo Vargas. La historia entierra los móviles internos en una idea, en la imposibilidad absoluta de conocerlos, cuando los calla el mismo que se movió y determinó á su empuje. Pero, conjurando probabilidades, lógicamente sacadas del estudio

de los caracteres y de las vidas que historiamos, y coligiendo especies fundadas en inducciones que aproximan los objetos de la realidad al juicio subjetivo, ya induzcamos, ya deduzcamos, cosa posible apuntar dos razones capitales, explicativas de las causas que movieron el ánimo de D. Juan á su proceder. Quería la obra de Colón sin Colón. Error grandísimo, en verdad, el suyo. La justicia social no quiere desposeer á los bienhechores de la humanidad, no, del justo premio y del verde lauro que debe corresponderles en el templo de la gloria, y ha puesto á las obras más excelsas el nombre de sus autores más legítimos. Á virtud de esto apellidamos la religión del espíritu con el nombre de Cristo; las escuelas sincréticas del Egipto heleno con el nombre de Alejandro; la filosofía idealista con el nombre de Platón; la filosofía experimental con el nombre de Aristóteles; así como á la teología escolástica llamámosla tomismo de Santo Tomás y á todos los sistemas de Descartes, Kant y Hegel, los unimos con sus autores bajo el mismo común denominador, que confunde las personas mortales y transitorias con su permanente inmortal ciencia. Querer la obra de Colón y no querer al autor que la concibiera y la estudiara, que la pusiera en relación estrecha con todas las tradiciones históricas y la comprobara con todos los datos de su experiencia continua recibidos, ¡cuál desvarío! Y sin embargo, este desvarío poseyó al rey D. Juan, según todas las enseñanzas históricas. No debió el piloto intentar ganarse á un político así por el corazón y por la fantasía, omnipotentes de suyo sobre las almas apasionadas y estéticas,

pero de ningún valor sobre las almas calculadoras y frías. Muy latinado, como decían los portugueses, muy sabedor de ideas abstractas y concretas, muy ducho en asuntos y negocios del Estado, muy sagaz, muy experto, muy al cabo de todo lo sabido en su tiempo, imposible que Colón quisiera determinarle por la idea de ganar muchas almas al cielo, por la idea de reconquistar Santa Sofía y el Santo Sepulcro, por ninguna de las ideas religiosas y poéticas guardadas en el bien provisto carcax de sus argumentos para espíritus de otra complexión y género. Colón debió hablarle á la continua de inmensos dominios, de fabulosas riquezas, de dilatados imperios, y D. Juan debía, por su parte, obedecer á esta fascinación poderosa. Mas había en el nauta dos pretensiones incompatibles ambas con la política de D. Juan, política enteramente consustancial con su complexión y con su vida; la pretensión de muchas riquezas, mal vista por la regia codicia, y la pretensión de mucho poder y autoridad, contradictorias con el poder y autoridad reales, elevados al supremo dominio sobre todos y erigidos en fórmula de todos.

Imposible pasara D. Juan, él que había quitado á la nobleza lusitana gran parte de sus rentas, por una participación ajena en los rendimientos del territorio á descubrir, y más imposible por la cesión de su gobierno perpetuo, como Colón pedía, copartícipe casi del suyo, á tanta costa y por medios tan delorosos levantado sobre las espaldas de los nobles, en trances tan amargos, donde había tenido que recurrir á las potencias infernales del crimen para sacar á salvo la unidad y la integridad y la to-